

Ediciones Baladí, Madrid: 2009
ISBN: 978-8493-766-160



Sentimos una innegable atracción hacia lo cruel, hacia lo malvado, hacia lo violento, por qué no decirlo, hacia lo sanguinario. Aunque cómica, no deja de ser reconocible esa imagen en la que alguien se tapa los ojos para no ver una escena de terror en el cine, pero abre los dedos de su mano para dejar el campo de visión suficiente.

Queremos no mirar, pero no podemos evitar hacerlo, lo deseamos. En este libro hemos preferido no taparnos los ojos, no disimular nuestros bajos instintos..

Cuentos de:

- JON BILBAO (España)
- ANTONIO ORTUÑO (México)
- MARIANA ENRIQUEZ (Argentina)
- VICENTE LUIS MORA (España)
- ALBERTO CHIMAL (México)
- MARIAN WOMACK (España)

- SERGI BELLVER (España)
- MATÍAS CANDEIRA (España)
- JUAN TERRANOVA (Argentina)
- LARA MORENO (España)
- JAVIER PAYERAS (Guatemala)
- LEONARDO CABRERA (Uruguay)
- JUAN CARLOS MÁRQUEZ (España)
- ROCÍO SILVA SANTISTEBAN (Perú)

El autor: Jon Bilbao (España, 1972)



Nació en Ribadesella. Es autor de la novela *El hermano de las moscas* (Salto de Página, 2008) y de las colecciones de cuentos *3*

relatos (Nobel, 2005), *Como una historia de terror* (Salto de Página, 2008) y *Bajo el influjo del cometa* (Salto de Página, 2010). Cuentos suyos figuran en las antologías *Perturbaciones. Antología del relato fantástico español actual* (Salto de Página, 2009) y *Siglo XXI. Los nuevos nombres del cuento español actual* (Menoscuarto, 2010). Ha participado además en el libro *Chéjov comentado* (Nevsky Prospects, 2010).

Blog: jonbilbao.wordpress.com

Un anexo al Génesis

JON BILBAO

El séptimo día, cuando todos creían que descansaba, hizo repaso de Sus errores. Su mirada se desplazó a Occidente. Allí había creado una isla en el centro de la inmensidad marina. A esa porción de tierra la rodeaba un anillo de agua no poco generoso y a éste, a su vez, lo rodeaba un nuevo anillo, tan lejano que desde las orillas de la isla sólo era visible como un fino trazo oscuro que recorría el horizonte. Formaban este segundo anillo paredes verticales de roca que ascendían hasta las primeras nubes; roca nueva, desconocedora de fósiles y erosión, resbaladiza y sin asidero alguno, imposible de escalar para los moradores de la isla.

En el anillo acuático había permitido Él vivir a los errores cometidos durante la creación de las criaturas marinas, y en la isla, a los cometidos durante la creación de las terrestres, así como durante la creación del primer hombre y de la primera mujer.

Eran estas últimas criaturas las que provocaban Su mayor fascinación, pues habían surgido en el proceso de fabricar seres a Su imagen y semejanza.

Las criaturas se alimentaban de lo que encontraban en la isla, formada ésta por ciclópeos bloques de roca negra entre los que brotaban unos escasos árboles de tronco retorcido y fruto amargo. Su alimento principal lo constituían los seres destinados a poblar los cielos pero que Él no había considerado aptos y por tanto condenado a morar en la isla, para lo que les había atrofiado las alas. Y las criaturas se alimentaban también de sus semejantes; de los más lentos y débiles, de los que carecían de piernas y se desplazaban arrastrando el vientre sobre la áspera roca, de los que tenían ojos inútiles, de los que en lugar de brazos poseían extremidades semejantes a aletas, de los débiles de mente, de los desdentados, de los ingenuos. Mucho antes de que lejos de allí, en Oriente, naciera un hijo del primer hombre y de la primera mujer, y después otro hijo, y que estos dos descendientes fueran protagonistas del llamado primer crimen, en la isla eran hechos cotidianos el asesinato, la mutilación en vida y el canibalismo.

Un orden de líderes y súbditos, de cazadores y presas, surgió de modo natural. Por las escarpadas laderas de roca trepaban seres con torso humano y cuatro piernas, más ágiles que cualquier otro habitante de la isla. En los puntos altos se

emplazaban vigías encargados de señalar cuanto mereciera ser visto; vigías poseedores de una cabeza sembrada de ojos y un índice leñoso que triplicaba en longitud a sus demás dedos. Por las noches, unos insomnes perpetuos, escuálidos y voraces, merodeaban alimentándose de los durmientes.

Él observaba todo esto con interés incansable, desentendido de cuanto sucedía en el Edén creado para goce del primer y la primera mujer, pues allí los creía a salvo.

Con mezcla de enojo y orgullo, presenciaba cómo las criaturas de la isla, sin que Él hubiera pronunciado palabra al respecto, se entregaban a las empresas de crecer y multiplicarse. Las criaturas copulaban sin vergüenza ante la mirada de los demás. Se penetraban unas a otras formando monstruosas masas de cuerpos de las que rezumaba una humedad viscosa y jaspeada de sangre. Su avidez no se limitaba a sus semejantes. Cuando un macho descubría una criatura marina arrojada a la costa por las olas, muerta por su imperfecto sistema respiratorio o la voracidad de sus congéneres, buscaba una piedra afilada, abría con ella una entrada en el cuerpo del cadáver y allí mismo lo penetraba. A continuación le arrancaba un trozo de carne que devoraba mientras contemplaba las lejanas paredes de roca, con su órgano sexual aún goteante y manchado de sangre.

Las hembras eran tan numerosas como los machos, pues de la costilla del primer hombre Él no logró la adecuada compañera al primer intento, sino que Sus errores habían sido de nuevo incontables. Los alumbramientos en la isla eran continuos y motivo siempre de atención, señalados por los centinelas de multitud de ojos. Las hembras parían en el centro de un tembloroso círculo de criaturas a las que mantenían alejadas mediante gruñidos y mordiscos. En cuanto brotaba el fruto de su primitivo vientre, las hembras lo tomaban en brazos y se alejaban renqueando a un rincón solitario mientras las criaturas congregadas se disputaban la placenta. Una vez a salvo, la madre lamía a su cría, tan deforme y repulsiva como ella, y le dedicaba unos ronroneos adormecedores posando sus labios en la fontanela. Durante un tiempo se dirigiría al recién nacido de ese único modo. Más tarde lo haría mediante gruñidos, aullidos y gritos, como todos los moradores de la isla hacían entre sí, pues allí, a diferencia de lo ocurrido en el Edén, nadie les había prestado nombres.

Él admiraba las cabalgadas de las criaturas cuadrúpedas, armadas con mazas de madera, alzando nubes de polvo negro, cuando perseguían a sus víctimas; y el modo como los siempre atentos centinelas cerraban cíclicamente una porción de sus múltiples ojos mientras permanecían vigilantes con el resto, para así evitar el brillo directo del Sol durante el

peregrinar del astro por el cielo; y a los peces transparentes que poblaban los abismos del anillo acuático; y a los inmensos seres, también acuáticos, de color mutable y enormes ojos, que con sus tentáculos palpaban la base de las paredes de roca buscando una salida de su prisión.

Y mientras tanto, lejos de allí, en el Edén, una serpiente tentaba a la primera mujer para que comiera del árbol de la ciencia del bien y del mal, y ella comía y a continuación tentaba a su vez al primer hombre, que comía también.

Cuando Él visitó el Edén tiempo después los encontró a los dos ocultos tras unos arbustos. Les ordenó mostrarse y vio entonces que se habían cubierto con ridículas hojas de higuera, y supo que habían violado Su mandato y se enfureció con ellos. Pero consciente de que la culpa era Suya por haber desatendido a aquellas dos criaturas blandas y sin experiencia, no cumplió de forma inmediata Su amenaza de condenarlos a muerte si comían del árbol, sino que al primer hombre le dijo que con el sudor de su frente obtendría el pan hasta que volviera a la tierra, pues de ella fue tomado, ya que polvo era y en polvo se habría de convertir, y a la primera mujer le dijo que el dolor de sus preñeces se multiplicaría y que con gran agonía habría de parir a sus hijos, y a continuación les arrojó sendas túnicas de

piel y los expulsó del Edén, a cuyas puertas emplazó la espada flameante.

Seguidamente, empujado por el remordimiento, volvió Su mirada hacia la isla y decidió destruirla. Hizo llover del cielo fuego y azufre y hervir las aguas del anillo acuático, causando la horrible muerte de criaturas terrestres y marinas. Una columna de vapor ascendió ocultando el Sol y el olor a carne quemada flotó hasta Oriente, donde provocó que seres racionales e irracionales se encogieran de congoja. A continuación procedió a derribar las murallas de roca, permitiendo que el fiero mar exterior cubriera la isla en forma de ola colosal y oscura.

Y entonces Él se detuvo, jadeante, asombrado por Su furia y el ensañamiento con que había destruido lo que, poco antes, tan grande esfuerzo le había costado crear, y puso fin al cataclismo haciendo que el mar regresara a la calma.

De la isla sólo quedaban unos troncos calcinados flotando sobre las aguas. Pero pronto vio Él que la destrucción no había sido completa. Uno a uno fueron llegando a la superficie los supervivientes, criaturas que habían buscado refugio en las más hondas cavernas de la isla. Eran apenas un puñado y sufrían horrendas quemaduras y mutilaciones. Resollando, nadaron hasta los troncos y se aferraron a ellos. Olfatearon el aire y observaron el horizonte a su alrededor,

encontrándolo libre de barreras que los encerraran. Se llamaron entre sí con roncós gritos. Se lamieron las heridas. Se hicieron con los restos cocidos de criaturas marinas que flotaban en la superficie y los devoraron para recobrar fuerzas, triturando entre sus dientes escamas y espinas.

Él observó sorprendido a estos supervivientes, sin saber qué hacer con ellos, hasta que en Sus indescritibles labios apareció una sonrisa, y suspiró, y Su suspiro creó un viento que onduló las aguas, empujando a las criaturas en todas direcciones.

Cuento incluido en:

La banda de los corazones sucios. Antología del cuento villano

Selección y prólogo de Salvador Luis

Ediciones Baladí, Madrid: 2009

ISBN: 978-8493-766-160